

# Nacido de mujer

*...no actuamos como locos, ¡Oh griegos!,  
ni contamos historias vanas, cuando anunciamos  
que Dios nació en forma de hombre.*

*Oratio ad Graecos  
Taciano, (120-173 d.C.)*

Por NELSON CRESPO

“S i... los cristianos sostienen que un Dios, o un hijo Suyo, descendió o debe descender a la tierra como juez de todo lo terrestre, esa es la más vergonzosa de sus pretensiones. No hay necesidad de un largo discurso para refutarla. ¿Qué sentido puede tener, para un Dios, un viaje como éste? ¿Será para aprender lo que pasa entre los hombres? ¿Pero no lo sabe todo? ¿Es incapaz, con su divino poder, de mejorarlos si no envía corporalmente a alguien? ¿O hay que compararlo con un advenedizo, desconocido hasta entonces de las multitudes, e impaciente por exhibirse ante sus ojos alardeando de sus riquezas?... Y si, como afirman los cristianos, vino para ayudar a todos los hombres a entrar en el camino recto, ¿por qué comprendió ese deber solamente después de haberlos dejado errar durante tantos siglos? Si Dios desciende en persona a la humanidad, es que abandona su morada. Y al mismo tiempo trastoca el universo. Que cambie la menor parcela de este universo y todo él va al desastre... Si desciende hasta nosotros es porque se somete a un cambio... ¿Quién puede desear semejante cambio? Además, lo mortal está por naturaleza sujeto a vicisitudes y transformaciones. Mientras lo inmortal permanece, por esencia, siempre idéntico a sí mismo. Así, pues, Dios no podría sufrir semejante cambio...”.

La anterior cita, tomada de Celso, autor del *Alèthès Logos*, obra escrita alrededor del año 179 d.C.

contra el cristianismo, nos sirve de preámbulo para introducirnos en el tema que nos ocupa: la plenitud de la humanidad de Jesús.

En el número anterior recordábamos que el Dios que el cristiano confiesa es un Dios “personal” que en el ser de Jesús se auto-revela a plenitud poniendo su morada entre nosotros.

Ello, a los ojos de Celso, defensor de la cultura griega, hace del cristianismo una doctrina bárbara y absurda. Y es que Celso ha visto claramente el punto neurálgico de la fe cristiana: la Encarnación del Eterno Hijo de Dios, Aquel que es Dios, junto al Padre y al Espíritu Santo, la “segunda persona” de la Santísima Trinidad.

Aquí se hallaba y se halla, en palabras del entonces cardenal Ratzinger, la verdadera novedad cristiana, insensata e impensable para el espíritu griego. Y es que lo que proclama el Evangelio no deriva de una determinada cultura, dígase la semita, la griega o la hindú, como se afirma continuamente hoy en día sin reflexionar en ello. Es algo que va contra todas las formas culturales que conocemos. Con la Encarnación Dios entra en la historia como hombre en medio de los hombres, compartiendo con ellos la condición humana en toda su realidad, incluyendo la debilidad y el sufrimiento; todo lo humano menos el pecado.

Esto constituye la originalidad del cristianismo, pero también su

**En Jesús, Dios ha asumido  
como propio todo lo que los  
hombres son y hacen y  
sufren. Ello cambia  
radicalmente la noción, aún  
no superada en  
ocasiones, de un Dios  
impasible e imperturbable,  
cetro en mano en su  
encumbrado trono, dispuesto  
a premiar o castigar  
a los mortales.**

“locura”, pues parece que si la razón humana puede admitir, aunque no sin dificultad, que Dios hable a algunos hombres, o realice por medio de ellos cosas maravillosas, le cuesta más admitir la “historicidad” de Dios, lo cual supone no sólo una manifestación de Dios en la historia, sino un existir en la historia, un entrar en el tiempo: “...en tiempos de Herodes... siendo Cirino gobernador de Siria... en Belén de Judá... en el año decimoquinto del reinado del Emperador Tiberio”.

Al proclamar la Encarnación del Verbo Eterno en la persona histórica de Jesús de Nazaret, la Iglesia es consciente de que anuncia algo totalmente desconcertante a la razón humana. Por ello habla de un “misterio” al que sólo puede acceder plenamente mediante la fe, máxime cuando la Iglesia no presenta a Jesús sólo como un simple hombre, sino como el preexistente Hijo de Dios hecho hombre.

No habla sólo de la persona histórica de Jesús, de su vida o de su muerte, ubicadas en un determinado tiempo y lugar, sino que presenta a Jesús de Nazaret como “el Señor”, afirmando que ha resucitado de entre los muertos y que está vivo y glorioso a la “diestra del Padre” como Señor de la historia.

### **La joven está encinta y va a tener un hijo (Is 7, 14)**

En tiempos de Jesús aún era incomprendible la promesa que Dios había hecho por medio del profeta Isaías al titubeante rey Ajaz, quien, aún cuando los ejércitos enemigos le acosaban cada vez más, no quiso pedir a Dios ninguna señal. “Pues bien, el Señor mismo les va a dar una señal: La joven está encinta y va a tener un hijo, al que pondrá por nombre Emmanuel” (Is 7, 14).

Nadie está en condiciones de decir qué quería decir esta señal en la hora histórica del rey Ajaz, si fue dada, en qué consistió. La promesa va mucho más allá de aquella hora. Siguió brillando sobre la historia de

Israel como estrella de la esperanza que orientaba la mirada hacia el futuro, hacia lo todavía desconocido.

Para los evangelistas, con el nacimiento de Jesús el velo se descubre: dicha señal ahora ya está dada. La Virgen María, que como Virgen da a luz por obra del Espíritu Santo, es la señal (Mt 1, 23). En esta línea profética se conecta también un nombre nuevo, que, por sí solo, da al nombre de Jesús su pleno significado. Si a partir de la profecía de Isaías el niño se llamará Emmanuel, que significa “Dios con nosotros”, se amplía, al mismo tiempo, el marco de la promesa hecha a David (2 Sam 7, 12-16). El reino de este niño va más allá de lo que podía hacer esperar la promesa: su reino es el Reino de Dios mismo; participando en la universalidad de la Señoría de Dios, porque en Él Dios ha entrado en la historia: “El Verbo, el *Logos*, la Palabra que era en el principio, que era con Dios y que era Dios, se ha hecho carne y ha puesto su morada entre los hombres” (Jn 1, 1-14).

En este punto el Evangelio afirma algo totalmente inusitado: es la inversión total de nuestras ideas sobre Dios. Es pasar de la imagen del Dios Todopoderoso a la realidad de un Padre Todo-Amor: “...tengan entre ustedes los mismos sentimientos que Cristo: el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz.” (Flp 2, 5-8).

En Jesús la Palabra se hace carne, asume la naturaleza humana para llevar a cabo la obra de la redención: “porque tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo único” (Jn 3, 16). Ello no quiere decir que hubiera un cambio en la Palabra. En el momento de la concepción en el vientre inmaculado de la Virgen no sólo fue creada el alma humana de Jesús, sino que la Palabra asumió al hombre que era concebido; por

tanto, no hubo un cambio en el *Logos* o Palabra Creadora de Dios. Sobrevino una nueva relación, sin duda, pero esta nueva relación no implicaba una nueva realidad en el *Logos*, ningún cambio real; toda la nueva realidad, todo el cambio real, estaba en la naturaleza humana.

En Jesús la naturaleza divina está real y verdaderamente unida a la naturaleza humana. Ello no refiere una unión moral, ni una unión en el sentido figurado de la palabra; sino una unión indivisa de dos naturalezas en una persona, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación. Aquel que por obra del Espíritu Santo se encarna en la Virgen María no es un semi-Dios o un semi-hombre, no es en parte Dios y en parte hombre, ni es el resultado de una mezcla confusa entre lo humano y lo divino. El Verbo se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios, sin que esta diferencia de naturalezas quedara suprimida por la unión, sino que quedan a salvo las propiedades de cada una de ellas confluyendo en un solo sujeto, en una sola persona. Esta unión de



naturalezas en la persona de Jesús ha sido llamada unión hipostática.

Es por ello que las primeras formulaciones del Credo hacen toda profesión de fe, no en un Jesús que es Dios, el Hijo de Dios, y en otro Jesús que es hombre y que fue crucificado, sino “en un solo Señor Jesucristo, el Unigénito del Padre, que se hizo hombre por nosotros y fue crucificado”. Al respecto recuerda el Catecismo: “Siguiendo, pues, a los Santos Padres, enseñamos unánimemente que hay que confesar a un solo y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: perfecto en la divinidad, y perfecto en la humanidad; verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, compuesto de alma racional y cuerpo; consubstancial con el Padre según la divinidad, y consubstancial con nosotros según la humanidad, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado; nacido del Padre antes de todos los siglos según la divinidad; y por nosotros y por nuestra salvación, nacido en los últimos tiempos de la Virgen María, la Madre de Dios, según la humanidad”.

### **Y Jesús lloró (Jn 11, 35)**

En la Encarnación la naturaleza humana es asumida, no absorbida, de ahí que la Iglesia confiese la plena realidad del alma humana de Jesús, con sus operaciones de inteligencia y voluntad. Tan claro es el testimonio de las Escrituras sobre la perfecta naturaleza humana de Jesús, que los Padres sostienen como principio general que cualquier cosa que la Palabra no hubiera asumido no se salvaría, esto es, no recibiría los efectos de la Encarnación.

Es por ello que el apóstol Pablo habla enfáticamente de Nuestro Señor Jesucristo manifestado en la carne (1Tim 3,16), poseedor de un cuerpo de carne (Col 1,22), nacido de mujer (Gal 4,4), de la descendencia de Abraham (Gal. 3, 16), del linaje de David (Rom 1,3); perteneciente al pueblo de Israel (Rom 9,5). En cuanto judío, nacido bajo la Ley



(Gal 4, 4). Sólo en un aspecto difiere Jesús del resto de los hombres: en la ausencia total de pecado (2 Cor 5, 21).

En cuanto hombre, el alma racional humana de Jesús está dotada de un verdadero conocimiento humano. Como tal, éste no podía ser de por sí ilimitado: se desenvolvía en las condiciones históricas de su existencia en el espacio y en el tiempo. Por ello Jesús va creciendo en sabiduría (Lc 2, 52) y adquiere aquello que en la condición humana se alcanza de manera experimental. Este conocimiento verdaderamente humano expresa, al unísono, la vida divina de su persona, refiere el conocimiento íntimo e inmediato que el Hijo de Dios hecho hombre tiene del Padre (Mc 14, 36), con quien se declara Uno (Jn 10, 30), y de los designios eternos que había venido a revelar (Mc 8, 31). Lo que en ocasiones reconoce ignorar en este campo (Mc 13, 32), declara en otras no tener misión de revelarlo (Hch 1,7).

De este modo, fuera del pecado, (que no es parte sustancial de la naturaleza humana), Jesús participa plenamente de la condición humana

y asume sus anhelos más profundos. Jesús, puntualiza el Concilio Vaticano II, trabajó y reflexionó con manos e inteligencia de hombre, actuó con voluntad humana y amó con humano corazón. Tuvo hambre (Mt 4, 2), tuvo sed (Jn. 19, 28), se fatigó (Jn. 4, 6), lloró (Jn 11, 35), oró al Padre (Lc 22, 41)... sufrió el dolor y la muerte (Mc 15, 37). La unión hipostática no privó el alma humana de Jesús de sus gustos y antipatías.

Los afectos de un hombre, las emociones de un hombre fueron suyas, (en tanto adecuadas a la gracia de unión). Es por ello que lo vemos expuesto a la ira cuando es profanado el Templo por los mercaderes (Jn 2, 15), ante la ceguera de corazón de los pecadores (Mc 3, 5), sin excluir sentimientos como el temor, la angustia (Mc 14, 33) o la tristeza (Mt 26, 37).

Jesús pregunta con frecuencia para enterarse de lo que no sabe (Mc 6, 38), ignora el día del juicio (Mc 13, 32), sufre tentaciones (Lc 4, 2), pide que la muerte se aleje de Él (Mt 26, 39). Nada de esto se presenta de modo teatral, sino totalmente real.

Estas acciones no son producidas por Él “a modo de”; sino que son el resultado natural de la plenitud de la naturaleza humana que asumió. Claro, podían haber sido impedidas. Sin embargo, fueron libremente asumidas, eran parte de la oblación que comenzó en el momento de la Encarnación: “Por eso, al entrar en este mundo, dice (Jesús): Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo, pues de mí está escrito en el Libro, a hacer, oh Dios, tu voluntad!” (Heb 10, 5-7).

### Hijo del Hombre

Durante su predicación Jesús se autopresenta como “el Hijo del Hombre”, frase aramea que parece ser una forma idiomática de decir “hombre”, o un sustituto del pronombre personal “yo”. Este es el título que Él usa para hablar de sí mismo.

Mientras la expresión “Hijo de Dios”, que teórica y teológicamente debería tener mayor relieve, es utilizada 12 veces por Mateo, 7 por Marcos, 10 por Lucas y 9 por Juan; la expresión “Hijo del Hombre” es usada 30 veces por Mateo, 14 por Marcos, 25 por Lucas y 12 por Juan. Es decir, Jesús se presenta en los evangelios 38 veces como el “Hijo de Dios” y en 82 ocasiones dijo ser el “Hijo del Hombre”.

Esto no es casual, el título “Hijo del Hombre” estaba vinculado a la tradición mesiánica del pueblo de Israel. Las profecías de Daniel referían: “Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de Hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A Él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás” (Dn 7, 13-14). Desde esta óptica, el título “Hijo

del Hombre” refiere a un miembro de la familia humana, pero no sólo eso, refiere también al Mesías; Aquel que recibe de Dios una dominación universal y que trasciende cada uno de los tiempos históricos en la era escatológica.

La fórmula “Hijo del Hombre” está, por ende, cargada de un profundo sentido abarcador de lo humano y lo divino, lo visible y lo invisible, lo perfectible y lo perfecto, lo immanente y lo trascendente, lo temporal y lo eterno, el hombre y Dios. Al respecto el propio Jesús, al testimoniar ante Caifás que Él era el Hijo de Dios, predice enfáticamente: “...y a partir de ahora verán al Hijo del Hombre a la diestra del Todopoderoso” (Mt 26, 64). En el Hijo del Hombre está immanente, pues, el poder y la gloria de Dios.

### He ahí al hombre (Jn 19, 5)

Lejos estaba Pilato de comprender esto al dirigirse a los Sumos Sacerdotes y al pueblo presentándoles a Jesús flagelado, coronado de espinas y cubierto sarcásticamente de púrpura, que sintetizaría de modo magistral, aunque inconscientemente, todo el ser y el quehacer del Verbo hecho carne.

Por supuesto, Pilato no intentaba hacer una definición al pronunciar el *Ecce Homo* (He ahí al hombre). Sin embargo, sus palabras son las que mejor definen a Aquel que se ha unido en cierto modo a todo hombre.

Si buscamos en las Escrituras no hallaremos una definición explícita sobre qué es el hombre. A él tenemos que acercarnos por analogía.

Al respecto el libro del Génesis puntualiza: “El hombre es imagen y semejanza de Dios” (Gn 1, 26). Por ello, para intentar “definir” qué es el hombre debemos referirnos a qué, o a quién, es Dios. En este camino nadie mejor que Jesús de Nazaret: Él es el *Logos* hecho hombre, el Hijo del Hombre.

Jesús sintetiza en su ser todas aquellas posibilidades que están latentes en el ser humano y que el

hombre está llamado a potenciar y manifestar. Él descubre una nueva dimensión humana, una nueva posibilidad de ser hombre, señalando con su ejemplo el modo de realizarlo al asumir nuestros anhelos más profundos. En la Encarnación el ser humano, la humanidad, alcanza una profundidad y una dignidad infinita. El hombre llega a ser imagen de Dios, transparencia de Dios, manifestación de Dios, aún en las fronteras de la temporalidad y la finitud. Por ello Dios puede decir: “Lo que hicieron a uno de estos a mí me lo hicieron” (Mt 25,40), por eso el Hijo del Hombre puede compadecerse de nuestras flaquezas, porque ha sido probado en todo (Heb 4, 14-15).

En Jesús, Dios ha asumido como propio todo lo que los hombres son y hacen y sufren. Ello cambia radicalmente la noción, aún no superada en ocasiones, de un Dios impasible e imperturbable, cetro en mano en su encumbrado trono, dispuesto a premiar o castigar a los mortales.

Jesús con su Pasión, Muerte y Resurrección descorre el velo que la Ley había interpuesto entre el hombre y el Santo de los Santos.

Él devela que Dios es Amor (1Jn 4, 8), que Dios puede padecer no sólo por, sino también con los hombres; que Dios no es “algo” sino “alguien” que es tan solidario con el hombre que llega, por amor, a hacerse uno de ellos.



#### Referencias.

- Cardenal Joseph Ratzinger, Loreto, 22/3/95.
- Catecismo de la Iglesia Católica, # 464-483.
- Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, #22
- Diccionario de Jesús de Nazaret, Editorial Monte Carmelo, 2001.
- Enciclopedia Católica, ACI-Prensa, 1999.
- José L. Caravias sj, *El Dios de Jesús*.
- Juan Pablo II, Audiencias Generales, 9/9/87; 17/2/88.